

Ulises con alma ajena

Colección Cloto

Ulises con alma ajena

Reyes García-Doncel

Primera edición, mayo 2018
© Reyes García-Doncel, 2018
© Triskel Ediciones, 2018

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-948064-6-9

Depósito Legal: SE 885-2018



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Ilustración: Vero Navarro
Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.
Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

HÉROES CON ALMA PROPIA

Prólogo de Elena Marqués

Nel mezzo del cammin di nostra vita,
mi ritrovai per una selva oscura.
La Divina Comedia, Dante Alighieri

Desde los inicios de la literatura (casi se me escapa «de los tiempos», aunque tampoco iría muy desencaminada), el tema del viaje se erige en motivo, en asunto recurrente. Quizás porque una de las primeras características del ser humano fue el nomadismo como forma de vida. O porque bastante más tarde el Yahvé hebraico se solazara en condenar a su pueblo a errar por el desierto en busca de la tierra prometida (ay, nuestra necesidad atávica de encontrar, como Milton, el paraíso perdido); esa misma deidad algo dulcificada por el cristianismo que, aun así, nos deja a nuestra suerte «gimiendo y llorando en este valle de lágrimas».

Interpretar la vida como un viaje, un largo camino en el que el hombre va cambiando y purificándose, convirtiéndose en una persona más sabia a medida que experimenta las adversidades de la existencia (pues todo peregrinar es a la vez un viaje interior, a veces un descenso a los infiernos), no es algo original. Recordemos, si no, la más famosa epopeya de todos los tiempos, la homérica *Odisea*, donde el heroico Ulises vaga durante veinte años fuera de su extrañada Ítaca con la añoranza del regreso. O el destierro de Mío

Cid y su lucha por recuperar el favor real. O el joven Lazarillo, nuestro celeberrimo pícaro, de dueño en dueño con el único propósito de prosperar, de conseguir el escurridizo objetivo de ser un poco más feliz. No digamos don Quijote y sus dos salidas por tierras manchegas y más allá; o *Los viajes de Gulliver*; o, ya en el siglo XX, las desventuras de Frodo Bolsón para destruir el anillo de poder y restituir el orden tan deseado.

Muchos son los caminantes que me dejo en el camino, valga la redundancia (se me pasa por la cabeza a Paul Bowles y su cielo protector, el viaje de los protagonistas faulkerianos de *Mientras agonizo*, los incontables periplos emprendidos por Julio Verne o por su homónimo belga-argentino, la dramática emigración de los Joad en *Las uvas de la ira*, las novelas bizantinas, los cuentos clásicos...), y casi todos tienen en común que de la experiencia sufrida surge siempre una nueva figura más fuerte, madura y valerosa.

Es el caso de la protagonista de este libro de Reyes García-Doncel, su tercera novela ya, tras la que se esconde/muestra un personaje real y cercano a la autora (aunque, por supuesto, ficcionado) trasladado, por mor de esa crisis global que nos azotó hace unos años con gran virulencia y cuyos coletazos, como las últimas nubes de un huracán, aún siguen en nuestras vidas, a las tierras de Robert Louis Stevenson (otro viajero impenitente), y quien, como un navegante más, da cuenta en su cuaderno de bitácora de su llegada y estancia en Edimburgo (hermosas las descripciones de la ciudad, rozando lo poético, como es habitual en su autora), de su evolución desde la esperanza al desánimo, de los amigos y enemigos con los que tropieza, de su visión de una tierra de acogida que al principio refleja con ojos de turista como un lugar de paso, hasta que este acaba convirtiéndose en un espacio en el que se instalan la nostalgia, el sacrificio, el dolor, la angustia. En definitiva, donde rige como eje la lucha por sobrevivir; algo que,

por humano, nos acucia tanto en la realidad como en ese mundo alternativo de la ficción en el que a veces preferimos vivir.

Porque no hay huida en este *Ulises con alma ajena*, sino un desafío a los avatares del mundo; una nueva epopeya en la que las hazañas no dejan de ser caseras, nada extraordinarias; con héroes comunes que son los de verdad (a estas alturas, pocos somos los que creemos en superhéroes; más, quizás, visto lo visto, en los supervillanos), apenas débiles titanes que afrontan con entereza la separación, incluso la humillación de ejercer oficios de tercera después de recibir una preparación exquisita, la frustración, la sordidez (alguna que otra anécdota puede llegar a indignarnos, ya lo aviso), la claudicación... una lista interminable de sentimientos perfectamente analizados desde la voz en primera persona de su protagonista junto al compañerismo y el amor, la importancia del esfuerzo y el apoyo incondicional de la familia; ese gran pilar en esta nuestra tierra de España a cuyo abrazo posiblemente (no quiero desvelar nada) esté abocada, más fuerte, madura y valerosa, esta nueva Ulises, esta nueva protagonista de la epopeya moderna.

Sé que me excedo un poco en mis atribuciones de prologuista; pero entiendo que no estaría de más recordar desde aquí a todos aquellos que, obligados por las más diversas circunstancias, experimentan la experiencia de la emigración, la dureza del viaje, con el deseo de que también, como en los libros, alcancen la extrañada Ítaca y dejen de sentirse almas ajenas, almas forasteras, almas solas.

IR Y QUEDARSE

*“Ir y quedarse, y con quedar partirse,
partir sin alma, e ir con alma ajena,
oír la dulce voz de una sirena
y no poder del árbol desasirse”*

Lope de Vega

24 DE JULIO 2012

Cuando el avión rompe las nubes, aparece a mi derecha un puente de hierros rojos sobre el estuario y al frente una ciudad gris recortada por el mar. Lomas verdes y llanuras pantanosas dibujan una costa intermitente por la que veo navegar algunos barcos entre la bruma. Me dijeron que era una ciudad preciosa, una más entre las muchas por las que pregunté cuando elegí no volver, empaquetar lo poco que cabe en una maleta de cabina y buscar trabajo en cualquier lugar del mundo. El avión sigue descendiendo, una imponente masa negra –el castillo y la peña rocosa sobre la que se levanta– domina la ciudad como un poderoso vigilante. ¿Para qué volver? En España no hay trabajo ni se vislumbran cambios. Podría entrar en la ferretería de mi padre –algo que siempre ha estado ahí y siempre he rechazado–; o hacerme emprendedora –¡una más!–. Ya puedo ver las casas altas y estrechas de la ciudad vieja en callejones que salen desde una calle principal, como el espinazo de un pez. Cuando estudias Historia del Arte te mentalizas para atravesar por una fase de trabajos basura, incluso si las cosas van bien, y para soportar las bromas constantes de los aspirantes a ingenieros o arquitectos desde la altura de sus más que exitosas carreras. Tras el castillo se divisa una colina, con una curiosa forma de asiento, a la que los rayos dorados del atardecer y unas nubes rojizas coronan con elegante dignidad. Tuvieron razón mis amigos, antes no había trabajo, ahora menos, pero la crisis nos ha igualado a todos y en este avión seguro que me acompañan

muchos cerebritos de carreras brillantes. No me alegro, simplemente es la triste verdad: los jóvenes no tenemos sitio en mi país. Tras unos extensos jardines asoma a la izquierda otra colina, más redonda y pequeña, y la perfecta cuadrícula de la ciudad moderna. Una chica, cuyo exnovio lleva seis meses aquí, me dijo que en agosto hay un festival de teatro, que atrae mucha gente, que hace falta servicio... Lo mismo que yo ha debido calcular el resto de pasajeros del avión que ahora arrastran *trolleys* idénticos al mío. Todo lo que tengo cabe en esta maleta de medidas fijas, ordenadas por las compañías de vuelos *low cost* que los pasajeros obedientes cumplimos; todo lo que necesito para empezar una vida en otra ciudad, en otro país, con otra lengua, está siendo arrastrado ahora por el aeropuerto de Edimburgo.

En la cola de los pasaportes dos chicas de Cáceres se reconocen. Empiezan a repasar amigos, colegas de facultad, bares... con alegría en cada coincidencia, con atención a cada nuevo dato, tan relajadas como si estuvieran en España y ajenas a que la cola sigue avanzando. Hasta que ya están frente a un policía, grande y pelirrojo, que les pide sus pasaportes chillando. Una de ellas se sobresalta, pero sonrío como una niña traviesa a la que han pillado, lo que enfada aún más al policía que, con gesto hosco y palabras entre dientes, le pregunta por su cambio de aspecto respecto al de la foto. Ella no entiende y sigue sonriendo, el otro insiste, ella vuelve a sonreír, hasta que le devuelve el pasaporte con desdén. La amiga se apresura a entregarlo y, cuando ambas han pasado, el policía le hace un comentario a su compañero que los dos confirman con la cabeza y el ceño fruncido.

La línea de autobuses 100 te lleva hasta el centro. Saco mi preciosa agenda con el cuadro *El jardín de las delicias* impreso en las tapas —que me costó una pasta en el Museo Thyssen— para buscar la dirección de Dani, el exnovio de aquella *erasmus* que, como yo, estaba tomando copas una noche por Oporto.

La dirección me conduce hasta un lujoso barrio residencial. En la puerta de la casa aparece un tío de aspecto nórdico que me saluda utilizando una mezcla de andaluz con fuertes consonantes germánicas: “¿Tú erre Kandela? Poh pá dentruo”. Dentro conozco a Toni, el exnovio, delgado con el pelo largo recogido en una coleta, y a Reme, una chica de Conil. Así que salvo por Peter, sueco como imaginé, parece que no he salido de España.

Por cincuenta libras a la semana, según nuestro acuerdo, tengo derecho a dormir en el sofá y a usar cocina y baño, por lo que tras los saludos corteses de rigor, mi maleta se queda directamente en una esquina junto a la entrada. Me invitan a cenar salmón ahumado con arroz blanco y, sin más, comienzan una reunión en la que escucho por primera vez los términos *council tax* y *housing benefits* como algo virulento que puede infectar cualquier convivencia. La casa tiene cuatro habitaciones, jardín y sótano; además del alquiler, deben pagar las tres mil libras al año de impuestos —es una zona cara—, pero el último compañero se ha vuelto a España mucho antes de lo acordado, sin avisar, incapaz de soportar la lejanía. Intentando poner en pie sus finanzas, a todas luces exiguas, hablan con énfasis o irritación, con miradas duras que sobrevuelan la mesa, sin importarles la presencia de una extraña, pero no contemplan, en ningún momento y contra toda lógica, la posibilidad de mudarse a otro sitio más barato. Ante lo que estoy oyendo siento que debo intervenir:

—Pues la última semana de agosto viene mi novio para acá, y yo había pensado si podía compartir...

—Una habitación son cuatrocientas cincuenta libras —zanja Reme.

Y los tres me miran en silencio, muy serios, como expertos conocedores de los caminos que todavía me quedan por recorrer. Entonces empieza la lista de advertencias:

- ¿Traerás los currículos ya hechos, no?
–Sí, pero los tengo que imprimir.
–En Royal Mile hay varios sitios... ¡más caros que en España!
–Te conviene tener diferentes perfiles...
–Debes sacarte el número de la Seguridad Social...
–Y abrirte una cuenta en un banco...
–Las páginas Precaria en Edimburgo, Marea Granate y Españoles en Edimburgo de Facebook están muy bien, allí te informas de todo.
–Me gustaría trabajar de camarera...
–Bueno, eso... –Y me hacen un gesto de lejanía con la mano.
–¿Vosotros en qué trabajáis?

Así me entero de que Reme, arquitecta técnica, trabaja de *kitchen porter* en un hotel, y alguna vez, cuando la llaman, en una agencia de *nannies*; que Peter es músico, pero ha decidido pasar un año sabático de viajes; y Toni, que ha estudiado Geografía e Historia, limpia en un manicomio los fines de semana:

–Pero un manicomio de lujo, con todas las comodidades, ¡no te vayas a pensar! –Y él mismo asiente varias veces para dar más énfasis al empaque del sanatorio–. Me pagan una pasta, tengo Seguridad Social y está aquí al lado. Eso sí: no es apto para cardiacos, no te recomiendo ir por allí, de vez en cuando se escuchan unos chillidos... –Encoge sus hombros canijos–. Pero a mí no me importa, miro para otro lado. Esto me da para tirar y para hacer lo que de verdad me gusta.

Se levantan y sin más nos vamos al sótano donde compruebo que han montado un tablao flamenco. Peter coge la guitarra, Toni el cajón, Reme las castañuelas y comienzan a templar sus instrumentos, un toque íntimo cada uno, varios minutos... hasta que suena el compás de unas rumbas, luego unas sevillanas y finalmente un solo de guitarra: han formado el grupo La Floreá, con el que actúan por restaurantes de Edimburgo e incluso hacen bolos por

los pueblos cercanos. Me resulta inaudito haber recorrido tres mil kilómetros para estar asistiendo a un espectáculo flamenco en un sótano lleno de bicicletas, instrumentos de jardinería y productos de limpieza envasados con desconocidas etiquetas inglesas.

Al extender la sábana sobre el sofá, y a pesar de la cariñosa acogida, siento como si hubiera salido de España hace semanas. La imagen de los otros españoles en el avión, unida a la conversación en la cena, me ha inquietado. Parece que no es fácil: las casas muy caras, los trabajos basura, la gente deprimida... ¿Conseguiré entrar en una galería de arte? En cuanto domine mejor el idioma espero que sí. Esa es otra, ¿aprenderé bien inglés? Dicen que los escoceses tienen un acento endiablado. WhatsApp de Joao: *“Boas noites”*. Les he dicho novio por simplificar, porque no se puede llamar así a alguien que conoces desde hace sólo tres semanas. Cuando le anuncié que me venía me contestó que él también, que en Oporto no tenía nada que hacer como arquitecto. No sé si podremos formar una buena pareja, empezar una relación en estas condiciones...

Las nubes ocultan la luna y se ha puesto a llover, sin embargo, mis padres estarán ahora hablando en la terraza, esperando que se alivie el calor asfixiante para poder acostarse, y mis amigas tomando cervecitas por algún bar de la Alameda... ¡Basta! ¡No debo pensar esas cosas! He venido porque allí no hay trabajo, ni expectativas ni futuro; he huido porque me ahogaba, y aquí una nueva vida –puedo imaginar que no fácil– me está esperando.

2 DE AGOSTO 2012

El monumento a Scott, frente a los jardines de Princes Street, es uno de mis lugares favoritos para tomar el *lunch*, eufemismo del sándwich que me traigo de casa después de haber aborrecido los de mayonesa de Sainbury's, los más baratos que encontré.

Me pareció un monumento de cuento, igual que la propia ciudad. Eso fue el primer día, que me lo regalé como si hubiera venido de vacaciones. Desde Carlton Hill —el mejor observatorio para tener una buena vista de Edimburgo— contemplé el castillo, Arthur Seat —esa colina con forma de silla de montar y vocación de montaña—, las Pentlands a lo lejos, y el mar abrazando la ciudad. La aguja del monumento, negra y gótica, pinchaba la neblina y bajo ella la estatua del poeta Scott, blanco y solitario, parecía invitarme a escuchar sus poemas. A su llamada acudo siempre que puedo.

Algunos amigos me recomendaron Glasgow, más industrial, más moderna y dinámica, en definitiva, con más posibilidades de encontrar trabajo. Pero me atrae la magia que destila Edimburgo, donde los colegios parecen castillos, los castillos resultan ser iglesias, las casas tienen tejas negras con brillantes aleros plateados y unos relojes enormes, en los que te puedes imaginar dentro a un duende moviendo sus manecillas. Me recuerda a Sevilla: cargada de historia e historias, cerrada y encantada de sí misma.

Pero eso fue sólo el primer día, ya que pertrechada con mis currículos y mi sándwiches, salgo todas las mañanas a buscar trabajo.

Como me recomendaron, he fabricado tres tipos: para restaurantes, para tiendas de ropa o decoración y mi favorito, para galerías de arte. Los he imprimido en una empresa de mensajería cerca de North Bridge, seis libras por veinte copias, ¡un atraco! Como tengo que ahorrar, he decidido sacar sólo un billete, de forma que si voy al centro andando me vuelvo en bus, y al contrario. Hoy ha amanecido soleado, prefiero volver paseando entre el agradable bullicio de la calle, repleta por los que han venido al festival.

Y siempre que puedo me detengo en St. Giles. No tiene la esbeltez de otras catedrales góticas, pero es muy singular. Su planta, casi en cruz griega, y el altar en el centro, le dan un aire moderno con todos los fieles sentados alrededor del cura, como en las misas comunitarias. Me encanta perderme observando las raídas banderas colgadas de sus mástiles, las vidrieras ennegrecidas, los estandartes con el omnipresente unicornio e imaginarme asistiendo a una ceremonia medieval: suenan las trompetas, avanzan los caballeros y sus damas —que llevan largas trenzas y velos sobre el rostro—, el valiente rey en el centro... Por unos momentos se me olvida para qué he venido.

Tal y como me advirtieron, a partir de las seis de la tarde todo cierra y únicamente queda volver a casa. Pero no debo plantearme si la ciudad es divertida o no, si llueve o hace frío... Primero seré camarera, luego terminaré en una galería de arte, de las muchas que hay, o de ayudante en un museo, quizás en una tienda de decoración... Algo conseguiré. Aunque el balance de esta mañana no ha sido bueno, sólo me han aceptado el currículo en doce restaurantes, ninguno en galerías ni en tiendas de ropa.

4 DE AGOSTO 2012

¡Me han llamado! ¡Me han llamado para hacer una prueba de trabajo! De doce a cinco de la tarde, en un restaurante italiano de Grassmarket.

Cuando llego me sorprende lo pequeño que es —más bien parece un café—, y tiene ocupadas todas las mesitas repartidas por la plaza, como corresponde a un sábado de festival. Un señor gordo, el mánager, y un chavalito, el camarero, me dan el delantal, una bandeja y ninguna instrucción. Es más, no vuelven a dirigirme la palabra salvo para las comandas que, aunque italianos, las dan todas a gritos y en inglés, lo que me agobia bastante, pero poco a poco mi oído se va haciendo y termino entendiendo casi mejor a los clientes que a ellos.

La bandeja es grande, al llenarla de jarras pesa mucho. Comienzo cogiéndola con las dos manos, como si fuera un tesoro, pero al compararme con el otro camarero me veo tan torpe y patosa que intento utilizar sólo la izquierda. Es difícil, camino lentamente entre las mesas, me afano en atender a todo lo que piden: cafés, cervezas, agua... hasta que a eso de las cuatro, cuando ya casi estoy terminando la prueba... ¡la odiosa bandeja se desploma en el suelo! Los cristales estallan, la cerveza se desparrama y salpica a los clientes que me miran sin decir nada pero su silencio parece ocupar toda la plaza. ¡Qué ridículo tan espantoso! Hasta que a las cinco el mánager me pide con un gesto brusco que le devuelva el delantal.

Estoy agotada, me duele la espalda por dormir en el sofá, llevo sin comer desde el desayuno... Sobre la hierba del jardín de una plaza cercana me tumbo y no puedo evitar romper a llorar. Sé que no me llamarán, pero algo me dice que aunque hubiera trabajado maravillosamente bien tampoco lo harían. Y a la media hora un mensaje automatizado: *"You have failed the training"*, confirma mis temores. Intuyo que cada sábado le hacen esta supuesta prueba a un gilipollas recién llegado, y ya no me da vergüenza haber tirado la bandeja sino haber caído en la trampa. Ahora, además del dolor de piernas, me siento humillada.

Termino de llorar y me enjugo las lágrimas para volver a una casa donde ni siquiera tengo un lugar en el que poder acurrucarme a solas.

10 DE AGOSTO 2012

La entrada a The Tron está repleta de tiendas de artesanía, pasteles, jabones orgánicos y ropa confeccionada con pura lana escocesa. Tras cruzarlas, sin comprar nada a pesar de los tentadores olores que despiden, veo a Helena sentada bajo una de las ventanas con vidrieras. Tiene la cabeza agachada y su mirada de disgusto se pierde en la taza de té:

–¡Estoy harta de mi casa! –Primera frase que suelta mientras agita enfadada su pelo lacio y rubio.

–No me extraña, convivir con cuatro tíos en esos cuartos de baño enmoquetados... –Instintivamente las dos hacemos un gesto de asco con la boca.

–¡Tía, es que tengo que mear como si estuviera en un bar! –Saltamos la carcajada a la vez. Hemos congeniado muy bien desde que nos puso en contacto una *erasmus* de Oporto, amiga común-. Porque mi habitación es grande, que si no...

–Sí, pero con el lavabo dentro. ¡Parece una prisión!

Cuando veo el gesto de su cara me arrepiento de haberlo dicho, aunque esa fue exactamente la impresión que me causó su cuarto en una casa enorme, desangelada y vieja que además le cuesta cuatrocientas libras.

–Pues el resto es más inhóspito todavía... –Frunce los labios como si fuera a lloriquear, pero sé que no lo hará-. Cuando vuelvo del laboratorio me meto en mi habitación, ¡y es que no salgo! A veces descanso o aprovecho para adelantar trabajo, pero

me siento sola, la verdad. –Corta el aire con la mano como si así cortara también esos negros pensamientos–. Bueno, tú ya sabes...

Un chico moreno con barba acaba de entrar en esta iglesia reconvertida en *pub*. Se acerca a la barra arrastrando su *trolley* y se balancea un poco al ritmo de la música *rock* que suena. Me recuerda a Joao.

–¿Por qué no nos vamos a vivir juntas? –La chispa salta en mi mente–. A final de mes viene Joao, al salón de la casa ha llegado una nueva inquilina, allí no podemos seguir. –Satisfaciendo la curiosidad que veo en sus ojos le respondo–: Pues que han puesto un colchón inflable en una esquina para una chica de Badajoz que acaba de llegar. –Y afirmo con la cabeza ante su cara de asombro–. Me han pedido permiso, por cumplir, porque son gente legal, pero... no es mi casa y si se pueden sacar un dinero... ¿Qué me dices, entonces?

–La verdad es que no se me había ocurrido... –Helena entorna los ojos como si estuviera valorando la propuesta.

–Si alquilamos una casa de tres habitaciones, sólo tenemos que encontrar a alguien más. ¡Sería fantástico!

–Pero tengo contratados internet y calefacción...

–¡Por supuesto! A una casa sin calefacción yo no me voy, te lo aseguro.

–Pero la beca Leonardo se acaba en diciembre, ¿para qué me voy a cambiar?

–Bueno, pero por lo menos el tiempo que te queda lo vives a gusto. ¿Qué me dices? –Ella duda, yo lo veo clarísimo–. Tú no puedes perder tiempo, sigue centrada en tus cobayas que yo me encargo de todo.

–No es mala idea, sólo tendría que recoger mis cosas...

–Yo te ayudo, ¡y lo mío cabe en una maleta! –Volvemos a reír.

–Por cierto, he visto que necesitan *staff* en una tienda de ropa en George Street.

Después de cenar aceitunas turcas y lo que aquí venden como chorizo español –que son mis pequeños lujos y un intento de recordar los sabores de España–, hablo con mis padres por Skype. Me animan, le quitan importancia a los problemas... Aunque no les cuento toda la verdad, tampoco ellos a mí al preguntarles por la ferretería, que es cuando mi padre respira varias veces antes de responder: “*Bien, bien, muy bien*”, mientras asiente con la cabeza demasiadas veces. La crisis le ha pegado un buen mordisco al negocio, un poco obsoleto, un poco inútil frente a la comodidad de las grandes superficies donde se encuentra todo para el bricolaje. Y además: ¿quién necesita hoy reparar nada?

Antes de dormir visito el muro Españoles en Edimburgo, donde todos los que se vuelven cuelgan muebles, bicicletas, ropa o habitación para alquilar. Incluso si alguien ve una oferta de empleo le hace una foto, y al día siguiente hay una avalancha entregando el CV! Así es.

Tengo que sacarme el número de la Seguridad Social, abrir una cuenta en el banco, encontrar trabajo y un piso agradable, céntrico, calentito, no muy caro, donde vivir con Helena y Joao. Me encantaría algo por los Meadows, la pradera cercana al campus universitario; o en Tollcross, la zona de los teatros; tampoco me disgusta Haymarket, que además es un poco más barato; y por supuesto Portobello, el precioso pueblecito al lado del mar... pero está muy lejos, no sería cómodo.

Lo buscaré yo, ellos no deben preocuparse. Edimburgo no es muy grande, casi desde cualquier lugar se puede llegar al centro andando, algo encontraré. Tiene que haber un lugar agradable esperándonos.

14 DE AGOSTO 2012

No se me olvida que mi principal objetivo es aprender inglés –no me entero de nada–, así que durante las largas caminatas buscando curro pregunto precios en las academias... ¡y valen más que matricularte en la universidad! Una pasada. No puedo pedirle ese dinero a mis padres, menos ahora. Me olvido, ni barata ni cara, sencillamente me olvido.

Pero voy a una *community*, un colegio de primaria donde se imparten clases a los inmigrantes con fotocopias de un libro escolar. Lo mejor de todo es que en el descanso nos dan café o té con galletas, así que funciona además como club social. La mayoría somos españoles, algún portugués o tunecino, alguna siria con su pañuelo... Casi todos acabamos de llegar y necesitamos compartir nuestras experiencias. Les cuento lo del italiano en la plaza Grassmarket, ¡y a otros tres les ha pasado lo mismo! Nos reímos. Ya se me ha olvidado el mal trago y también, un poco, la cara de gilipollas. Allí conozco a Olimpia, de Madrid:

–Pero la familia de mi madre es de Castilleja de la Cuesta, sevillanos como tú. –Y sonrío encogiendo los ojos con aire de niña traviesa.

–¿Tienes trabajo? –Primera pregunta obligada.

–En un *hostel*, limpio las habitaciones, me ocupo de la lavandería...

–¡Qué suerte!

—Sí, es de puta madre. —Se le ilumina la cara, es uno de los trabajos más envidiados porque tienes la cama gratis—. Una amiga que se volvía me llamó para ofrecérmelo, así que me vine con el trabajo ya apalabrado.

—Cama y curso de inglés gratis... ¿y la comida?

—De mis ahorros... por ahora. —Sonríe, ese gesto de complicidad de nuevo. Me cae bien—. Estudié LADE, pero la verdad, no me entusiasma nada, no quiero trabajar en las jodidas finanzas de las empresas. Lo que en realidad me apasiona es pintar, y hago mis pinitos. Me encantaría vivir de la pintura.

—Pues yo he estudiado Historia del Arte y quiero trabajar en un museo.

Nos miramos con incredulidad y cambiamos de tema. Por primera vez siento que ese anhelo no es mío sino de otra persona.

Cuando vuelvo a casa por la noche me encuentro una fiesta flamenca para celebrar el cumpleaños de Reme. Casi todos los invitados son españoles, como Víctor, un enfermero gallego que ha venido con contrato de trabajo en el Western Hospital.

—Llevo aquí un año, me va estupendamente, la verdad.

—¿No echas de menos España? —A mí un año me parece una eternidad.

—Pues no mucho —sopesa con gesto tranquilo.

—Pero... ¿no te gustaría trabajar en España?

—¡Claro! Me gustaría ahorrar lo suficiente para volver y montar mi propia consulta de fisioterapia dedicada a los deportistas... Pero cada vez lo veo más lejos. Pasan los meses y allí no cambia nada. —Encoge los hombros con resignación—. Escocia funciona, es un buen país, creo que podría acostumbrarme a vivir aquí.

—¿Y por qué viniste a Edimburgo? —Sigo con mi ávido interrogatorio. He comprobado que las vivencias, las pequeñas historias de los otros, me orientan.

—Porque mi tío trabaja aquí. Es el chef del restaurante portugués Os Frangos.

—¿Portugués? —Se me enciende la bombilla de inmediato—. ¿Tú crees que necesitarán algún camarero? Es que mi... novio viene a final de mes y necesitará trabajo.

—Pues no tengo ni idea, pero pásate por allí y lo preguntas. Te advierto que a finales de agosto, después del festival, se paraliza todo en esta ciudad.

La fiesta continúa, bebemos manzanilla de Sanlúcar enviada por el padre de Toni, gazpacho que aquí no sale rojo sino en diferentes tonos de marrón según el color de los tomates, y tortilla de patatas, ¡un derroche al precio del aceite de oliva! Pero es el cumpleaños de Reme y se ha tirado la casa por la ventana. Literalmente, porque el barullo de palmas y taconeos hacen temblar las paredes y los cristales del sótano, a pesar de los cartones de huevos colocados con la pretensión de insonorizar. Hasta que a la una de la madrugada otros ruidos, gritos e insultos procedentes del exterior que a pesar de mi escaso inglés puedo comprender perfectamente, nos obligan a parar la fiesta:

—¡Putos españoles de mierda!

—¡Meteos vuestra música por el culo!

—¡Volved a vuestro país de cerdos!

Parece que ni los paneles ni los árboles del jardín han funcionado para este intolerante vecindario. Me gustan mis colegas, pero mi situación en la casa es insostenible. Pronto llegará Joao y no podemos dormir los dos en el sofá con Lupe en su colchón inflable al lado. Le pido como favor a Víctor que lo acepte en su casa una semana, sólo una semana, tiempo en el que estoy segura de encontrar piso. Víctor asiente amable, como si

supiera de antemano que yo se lo iba a pedir, y que él me lo iba a conceder, como si ese fuera el destino de todos los sofás de los españoles que viven en Edimburgo.